

COMPRE USTED

PARA LA  
TODA LA  
VIDA

octavo libro de la biblioteca

*Los Grandes Filmes*

de

LA NOVELA SEMANAL  
CINEMATOGRAFICA

basado en el argumento escrito ex-  
profeso para la cinematografia por el  
insigne dramaturgo Jacinto Benavente.

128 páginas - Profusión de fotografías  
y artículo original de Benavente.

PRECIO POPULAR UNA PTA.

E. VEHDAQUER MORERA.-TOPETE, 16.-TARRASA

# La Novela Semanal Cinematográfica

N.º 118

25 cts.



CALVARIO  
DE AMOR

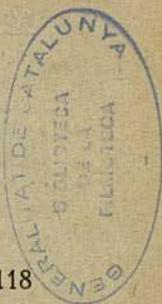
por  
Mme. Lissenko  
y Charles Vanel  
**FilmoTeca**  
de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL  
CINEMATOGRÁFICA

Redacción { Gran Via Layetana, 12  
Administración { Teléfono 4423-A  
BARCELONA

AÑO III

N.º 118



---

CALVARIO DE AMOR

---

Extraordinaria producción dramática  
de gran asunto, interpretada por

**Charles Vanel y Madame Lissenko**

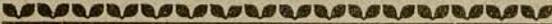
---

CONCESIONARIO: ENRIQUE PIÑOL  
Rambla Cataluña, 63. — Barcelona

---

Con esta novela se regala la postal-fotografía de  
ALEC B. FRANCIS

---



## Calvario de Amor

Argumento de la película de dicho título

El último correo había traído a Jorge Brémond noticias alarmantes acerca de la marcha de sus negocios en el Senegal.

Un cablegrama conciso, pero significativo, venía a turbar su vida, imponiéndole la obligación de un viaje a aquellas lejanas tierras.

El parte que le enviaba su socio, Gobbé, no podía decir más con menos palabras:

*«Indispensable vuestra presencia en Dakar. Peligro de bancarrota.»*

No era, sin embargo, el viaje en sí lo que preocupaba a Jorge. Más de una vez, siendo soltero, lo había hecho. Pero ahora, casado, era para él un manantial de inquietudes tener que separarse de su mujer, a la que amaba hasta la locura, con un amor tan absorbente y celoso, que le hacía víctima de unos celos odiosos.

Ella, Elena, aunque se había casado sin amar a su marido, procedía en todos sus actos como esposa fiel y madre ejemplar. Dos hijos había tenido de su matrimonio, y en aquellos dos niños buscaba defensa cuando los celos de Brémond la perseguían haciéndole la vida insoportable.

Resignada con su suerte, sufriendo la desconfianza de Jorge, que la abrumaba con sus dudas ofensivas, obligándola a llevar una existencia casi claustral, Elena comenzaba a sentir que le faltaba algo tan necesario como el aire para respirar... Los recelos sin fundamento de Brémond habían concluido por hacerle insufrible la atmósfera del hogar, y ella deseaba que lo inesperado surgiera en su vida dándole otro rumbo.

Teniendo forzosamente que partir, Jorge llamó a su secretario, Florián Moreau, para dictarle sus instrucciones.

—Escúchame, Florián. Hoy mismo debo salir para Dakar... Es la primera vez, después de mi matrimonio, que tengo que ausentarme por bastante tiempo... Usted sabe cuánto amo a Elena y lo celoso que soy. Me resulta penoso dejarla sola, abandonada a su inexperiencia y a su juventud...

Aquí Brémond bajó la voz y añadió:

—Vigílela usted, impidiéndole que salga de casa y que reciba más visitas que las del doctor y su mujer, la señora Trellis... Y a la menor sospecha que le infunda su conducta, póngame un telegrama...

Florián se inclinó:

—Usted sabe, señor, que puede contar absolutamente conmigo.

Elena, que se hallaba jugando con sus dos niños en un salón contiguo al despacho de su marido, oyó, sin quererlo, las recomendaciones que Jorge hacía a su secretario. Un indecible dolor se extendió por su rostro y, abrazando a sus hijos, murmuró:

—¡Si no os tuviera a vosotros, hijos míos, hace tiempo que hubiera renunciado a la vida, por no soportar los celos de vuestro padre!

Horas más tarde, Brémond montaba en su «auto» para dirigirse al puerto, donde debía embarcar.

Elena lo vio partir sin grandes muestras de disgusto.

Florián Moreau lo notó y, creyéndose autorizado para censurarla, se atrevió a decirle en cuanto el «auto» se puso en marcha:

—Parece como si esta separación no le resultara a usted dolorosa.

Ella miró fríamente a Moreau y le volvió la espalda.

Al día siguiente, sintiéndose libre de la vigilancia de su marido y queriendo disfrutar de esta libertad, vistióse con uno de los trajes cuyo uso le había prohibido Jorge, diciendo que era demasiado provocativo, y salió con el propósito de hacer una visita a sus amigos el doctor y la señora Trellis.

El doctor Trellis, vecino de los Brémond, era un hombre excelente, de gran corazón y fina sensibilidad.

La presencia de Elena, que le sorprendió trabajando en su jardín, le produjo una alegría tan sincera como espontánea.

—¿Es usted? ¡Qué agradable sorpresa!... ¿Pero dónde está Oteló, su marido, que así la

deja salir con ese traje tan distinto de los que usted suele usar?

—Tuvo que salir ayer noche para Dakar, llamado urgentemente, a causa de la marcha de sus negocios.

—Y usted se aprovecha de su ausencia para disfrutar un poco de la vida, ¿no es eso?

El doctor se rió gozosamente y la risa de Elena le hizo eco.

No muy lejos de allí, en una casita humilde, la pobre señora Jadan, que se había sentido gravemente enferma aquella mañana, era atendida por unas vecinas caritativas.

A la puerta de la casa habíase formado un corro de curiosos, que atraieron la atención del teniente Raúl d'Ambreine, de la guarnición de una ciudad vecina, y que había salido a dar un paseo a caballo.

El teniente se acercó al grupo y preguntó lo que pasaba.

—Es que la señora Jadan se ha puesto mala —le explicó una mujer. —Sufre mucho. Sería necesario hacer venir al médico.

—¿Dónde vive el más próximo?—preguntó d'Ambreine.

—Es el doctor Trellis, un buen señor amigo de los pobres... Vaya por ese camino, y el primer hotelito que encuentre, allí es.

No tardó el oficial en llegar a la casa del doctor, rodeada de un jardín que defendía una pequeña cerca.

Y el médico y Elena fueron sorprendidos en su conversación, viendo surgir por encima de la cerca la cabeza del teniente.

—Dígame usted, buen hombre, ¿podría hablar al doctor?

El señor Trellis hizo un guiño de inteligencia a Elena y contestó:

—¿Al doctor?... Un instante, voy a avisarle. Rápidamente desapareció tras un macizo de flores, despojóse de su blusa de jardinero y volvió a reaparecer.

—Tenga la bondad de pasar.

El oficial, dándose cuenta de la equívoca-



—¡Perdóneme mi error!... Cerca de aquí, una viejecita se encuentra muy enferma, ..

ción que había sufrido, apresuróse a disculparse, un poco confuso al ver sonreír a la mujer de Brémond.

—¡Perdóneme mi error!... Cerca de aquí, una viejecita llamada la señora Jadan se encuentra muy enferma, y la intervención de usted es tan urgente como necesaria.

—Soy con usted al momento. Voy a preparar mi cochecito y, si usted es tan amable, tendrá la bondad de esperar unos minutos para acompañarme e indicarme la casa de la enferma.

Quedaron solos el oficial y Elena. Los dos se miraron, sonrieron y bajaron la cabeza sin decir nada. Ella no podía olvidar la equivocación que él había sufrido y esforzabase para no soltar la risa, y d'Ambreine sentíase intimidado por la belleza impresionante de la mujer. Comprendió, sin embargo, que a él le correspondía romper aquel silencio y dijo:

—Su padre se da mucha calma, señorita...

Al oírse llamar hija del doctor, Elena difícilmente contuvo sus ganas de reír, y él se desconcertó por su actitud.

Apareció el doctor quien, sin fijarse en la turbación de los jóvenes, rogó al teniente:

—¿Me hace el favor de abrir la puerta del jardín para que pueda salir con el coche?

D'Ambreine se apresuró a ejecutar aquel deseo. El coche salió, y ya se disponía Raúl a montar a caballo, cuando el doctor le pidió de nuevo:

—¿Quiere usted ahora tener la bondad de cerrar la puerta?

El teniente obedeció, y entonces, admirado por la fina figura de Elena, que se destacaba sobre el fondo del jardín, quedóse inmóvil, en muda contemplación, hasta que la voz irónica de ella puso término a su asombro:

—Acordándome de lo que usted me dijo antes, señor oficial, me pregunto quién se da más calma, si usted o *mi padre*.

El enrojeció y cerró rápidamente la puerta,

mientras Elena, volviéndose, dirigióse riendo a la señora Trellis que venía a su encuentro:

—¡Oh, señora, un oficial acaba de tomarme por hija de ustedes!

—¿Por qué no le dijo usted, mi querida amiga, que era usted casada y madre de dos niños encantadores?

—Lo hubiera asustado demasiado.



—Jorge tuvo que embarcar ayer para Dakar... Es la primera vez, después de mi matrimonio, que puedo vestir y respirar libremente,...

Luego, adelantándose a las preguntas de la señora Trellis, tan sorprendida como su marido de verla sola y vestida con una elegancia exquisita, explicó:

—Jorge tuvo que embarcar ayer para Dakar. ¡Y me siento tan dichosa desde que se marchó, que no me reconozco a mí misma! Es

la primera vez, después de mi matrimonio, que puedo vestir y respirar libremente, sin sufrir la insoportable tiranía de mi marido.

Mientras de esta manera expresaba Elena su satisfacción por verse libre de Brémond, el doctor reconocía a la enferma y la animaba con la esperanza de un próximo restablecimiento.

Cerca del lecho donde reposaba la señora Jadan, Raúl, sintiendo un estímulo de caridad, acababa de sacar del bolsillo de su guerrera algunos billetes.

Emilio Jadan, el hijo de la enferma, uno de esos hombres que no necesitan ser presentados, porque su figura y su rostro dejan adivinar el oscuro fondo de su alma, presenció esta escena, sin perder detalle.

—Acepte usted esta pequeña cantidad como si la recibiera de manos de su hijo; así podrá comprar los medicamentos que le hacen falta.

La madre Jadan no quiso aceptarla, pero Raúl insistió y, delicadamente, dejó el dinero debajo de la almohada.

Emilio saludó al doctor y al oficial al verlos salir. En seguida entró en la alcoba de la enferma.

—¡Qué suerte tiene usted, madre!.. Bueno, supongo que a mí también me tocará algo.

—¡Espero, hijo mío, que no me privarás del dinero que el buen militar me ha dado para que me comprara medicinas!—exclamó la pobre anciana.

—Nada de eso; yo mismo me encargaré de comprárselas... Lo malo es que usted desconfía siempre de mí... y a veces acierta.

Y sin hacer caso de los lamentos de su madre, Emilio se apoderó del dinero.

Transcurrieron algunos días. Impresionado por la belleza de Elena, Raúl volvía con frecuencia al pueblo, con la esperanza de volverla a ver.

En uno de estos viajes, al pasar por delante de la casa del doctor, éste le llamó:

—No se pase usted de largo, señor oficial. He de decirle que la enferma ya está buena.

D'Ambreine agradeció la noticia y se despidió, continuando su paseo. Se detuvo de pronto, viendo a Elena que jugaba con sus hijos en el parque que rodeaba su casa. Ella lo vio también y, después de un instante de duda, acercóse a él sonriendo... Su primer encuentro con el oficial, había sacudido su alma con una emoción que se renovaba ahora.

Florián Moreau, que cumplía con su deber de hombre de confianza de Brémond, halló solos a los niños e inquirió de uno de ellos:

—¿Dónde está tu madre?

El niño señaló hacia la verja, donde Elena estaba con Raúl d'Ambreine.

—Hace quince días que trato inútilmente de verla a usted... ¿Es que huye usted de mí?

A través de la verja, Raúl había cogido una de las manos de la mujer y la besaba apasionadamente.

—¡Prométame, al menos, que podré volver a verla!

—Eso no es posible—dijo ella estremeciéndose al ver que Moreau los observaba.—Déjeme... ¡Váyase en seguida! Estoy constantemente vigilada.

Advirtiendo lo que sucedía, el teniente separóse de la verja diciendo:

—Mañana, al anoecer, cerca del lago... ¡No diga que no!

Al otro día, Elena, turbada por el ruego de Raúl, se dispuso a acudir a la cita, mientras en Dakar, su marido, se dedicaba por entero a sus negocios tranquilizado acerca de la conducta de su mujer por las últimas noticias que había recibido de su secretario.

Atravesando el bosque, camino del lago, Elena encontró a Florián, al que dijo con dureza:

—Se conoce, señor Moreau, que mi marido le paga a usted para que me espíe de la mañana a la noche.

Florián se humilló, guardando silencio. Emilio Jadan, que había oído a Elena, acercóse a Moreau, cuyos pasos vigilaba con el deseo de hacerse amigo suyo.

—Le gusta a usted la señorita, ¿eh, mi viejo?—dijo riéndose groseramente.—Mal debe andar usted de la cabeza para ocuparse de una mujer que no le hace caso... ¡Vamos, no sea «lila» y véngase conmigo a tomar una copa!

Elena halló a Raul esperándola a orillas del lago, y los dos tomaron una lancha para atravesarlo. Y bajo el claro de luna, ella, que sólo conocía del matrimonio las amarguras de los celos—ese corrosivo del amor que denigra al que los siente y ofende al que los sufre—, creyó despertar a una vida nueva cerca de de aquel hombre joven, amable y correcto, que la preguntaba con ansiedad:

—¿Por qué la vigilan a usted?... Usted sufre;

usted es víctima de no sé qué oscuros temores... ¡Tenga confianza en mí!

Y Elena, con un súbito deseo de referir a alguien las amarguras de su vida, contó su historia triste de mujer, huérfana primero, casada después con un hombre al que no amaba y que la hacía sufrir el tormento de unos celos espantosos.



Y Elena, con un súbito deseo de referir a alguien las amarguras de su vida, contó su historia triste.

Ella contó cómo a los pocos años de su matrimonio, después de impedir que entrara en su casa otro hombre que no fuera el doctor, Brémoud la había obligado a llevar unos trajes horribles, de forma imperio, subidos hasta

el cuello y con las mangas largas, verdadero atentado contra la belleza.

Por último, concluyó:

—Hace unos días, Jorge ha salido para Dakar, donde permanecerá dos meses, y dejó a su secretario el encargo de vigilar hasta mis menores gestos.

Vivamente impresionado por aquel relato, Raúl oprimió entre las suyas las manos de la mujer:

—Dígame usted una palabra... ¡una sola! y yo haré lo imposible para librarla de esa odiosa esclavitud.

La noche era clara, toda de luna. Libre de la vigilancia de Moreau, a quien Emilio Jadán se había llevado consigo a una taberna, donde, haciéndole beber, lo obligaba a que le mostrase la llave de la caja de caudales de su amo, Elena tenía una impresión nueva de la vida.

Súbitamente, en un arrebato de entusiasmo, Raúl exclamó:

—¡Quiéralo usted o no, con su asentimiento o contra su voluntad, desde hoy me propongo luchar para arrancarla a su cautiverio!... No se oponga usted...

—Yo le agradezco sus buenas palabras, amigo mío—replicó Elena conmovida—, pero tenga en cuenta que no siempre podremos vernos como hoy...

Días después Brémoud recibía el siguiente cablegrama:

*Convendría apresurar regreso. Señora se divierte.*

Y Jorge tomaba «El Correo de Francia» para regresar a su país.

Los caminos del amor tienen una pendiente tan inclinada que las voluntades de los amantes, sin sentirlo, se deslizan por ella con vertiginosa rapidez.

Así les sucedió a Elena y Raúl d'Ambreine. No habían pasado muchos días desde su cita en el lago, cuando el oficial, impulsado por su pasión, queriendo sustraer a Elena al martirio de su existencia con Jorge, escribía a uno de sus compañeros de guarnición:

*Mi querido amigo: he obtenido una licencia del Coronel y necesito dinero para emprender un viaje. ¿Podría facilitarme usted veinticinco mil francos? Se los devolvería en cuanto regresara...*

Raúl redactaba su carta febrilmente. Era de noche. Había roto ya varios pliegos antes de dar con aquella forma de hacer su petición al amigo.

A la misma hora, la señora Jadan se lamentaba a su hijo por la ociosidad en que vivía:

—¿Por qué no trabajas, Emilio? Yo estoy tan acabada que no puedo ganarlo.

Emilio se encogió de hombros.

—¿Para qué trabajar? Es muy desagradable... Además, pronto seremos ricos...

El «Correo de Francia», en el que había to-

mado pasaje Jorge, acercábase entonces a las costas del golfo de León.

No bien amaneció, d'Ambreine, renunciando a enviar su carta, visitó a su camarada el teniente Legrand para hacerle personalmente su petición de dinero.

—Esos veinticinco mil francos, querido amigo, me son absolutamente necesarios. Créame, me hacen tal falta, que sería capaz de cualquier cosa por obtenerles.

—Yo no dispongo hoy más que de diez mil —repuso Legrand—; si quiere usted esperarse unos días, podré facilitarle el resto.

Raúl aceptó los diez mil francos y envió a Elena la eskuela siguiente:

*Todo dispuesto. Iré a buscarla a las once.*

Esta era también la hora en que Brémond, que acababa de desembarcar en Marsella, esperaba llegar a su casa. Así lo escribió en un telegrama que se disponía a enviar a su mujer; pero súbitamente, cambiando de idea, rasgó el parte telegráfico.

A las diez de la noche, Elena acostó a sus hijos. Desde que había recibido la carta de Raúl, la pobre mujer no tenía reposo. Y viendo a sus niños comprendió que se debía a ellos, que, por mucho que amase, no podía abandonarlos.

—¡No, no es posible! —sollozó, estrujando la carta de d'Ambreine. —¡Por ellos, que no tienen culpa alguna, debo renunciar a toda esperanza de dicha en este mundo!

Mientras la mujer de Brémond preparábase de este modo a renunciar a su cariño hacia Raúl, el hijo de la señora Jadan había logrado embriagar a Moreau.



—... Compréndalo, Raúl: yo no debo, no puedo, no quiero abandonar mis hijos.

—Es tarde; vámonos—dijo tartamudeando Florián.

—Un momento, voy a buscar el tabaco.

Emilio entró en la alcoba de su madre y cogió un revólver que guardaba en la mesilla de noche.

—¿Qué es lo que pretendes hacer con esa arma?—preguntó angustiada su madre.

El hijo no contestó y salió de la casa con su amigo, que difícilmente podía tenerse en pie.

Dieron las once. Esta era la hora convenida por Raúl para huir con la mujer que amaba. Elena vió aparecer al teniente y una angustia infinita desgarró su corazón.

—¿Pero, no ha recibido usted mi carta?—la preguntó él, viéndola vestida con traje de casa.

Ella corrió la cortina de la habitación en que dormían sus niños y se los mostró al oficial.

—En un instante de locura—dijo—prometí seguirle a usted, olvidándome de que mi vida no es mía sino de esas inocentes criaturas... Compréndalo, Raúl: yo no debo, no puedo, no quiero abandonarlos.

Emilio Jadan y Moreau, que marchaban entonces por el camino del bosque, aproximándose al parque del hotel de Brémont, se detuvieron sorprendidos por el resplandor de los faros de un «auto». En este coche venía Jorge, quien ordenó al «chauffeur»:

—Vuélvase usted; yo entraré por el jardín.

Entretanto, Elena, sollozando de dolor, rogaba a Raúl:

—Olvideme usted... Además de mujer soy madre, y si como mujer le quiero a usted, como madre no puedo querer más que a mis hijos.

Los argumentos de la mujer tenían tal fuerza, que d'Ambreine vacilaba.

De pronto sonó en el parque una detonación.

—¡Oh, Dios mío!—exclamó Elena aterrada.—¿Qué habrá pasado?... ¡Márchese en seguida, Raúl...! ¡Yo le suplico que no comprometa mi honor!

Sin hablar, porque la pena se lo impedía, d'Ambreine obedeció. Después de atravesar el jardín tenía que saltar el muro que circundaba el parque. Agilmente, el oficial salvó el obstáculo y, al caer al otro lado de la cerca, encontróse con Brémont.

—¿Quién es usted y qué hace ahí a estas horas?

Raúl juzgó impertinente la pregunta.

—No tengo que darle a usted, a quien no conozco, cuenta alguna de mis actos.

Jorge señaló el cuerpo de Florián, que yacía muerto a pocos pasos.

—Este es el cadáver de mi secretario, que acaba de ser asesinado—dijo—, y usted convendrá que su presencia en el lugar del crimen es singularmente comprometedora.

—No sé lo que usted quiere decir, ni me interesa—repuso el oficial con altivez.

En seguida, sacando una tarjeta y entregándosela a Brémont, añadió:

—Si tiene necesidad de mí en el curso de la instrucción judicial, fácil será encontrarme.

Raúl hizo una inclinación y se marchó.

Y sobre la tierra ensangrentada, cerca del cadáver de Moreau, el pensamiento de Jorge dió alicientes a la idea de una espantosa venganza.

En las primeras horas de la mañana, se pro-

cedió al levantamiento del cadáver. Brémont asistió a él e hizo terminantes acusaciones contra el oficial, acusaciones que parecían agravadas porque, en el registro hecho en casa de Jorge, se comprobó que de la caja de caudales habían desaparecido quince mil francos.

Después de dar este primer paso en su venganza, Jorge se fué a su casa y dijo a su mujer con falsa amabilidad:

—Tú no te inquietes... Estoy seguro de que el asesino del pobre Moreau no escapará al castigo. Por supuesto, el autor de la muerte no es otro que el teniente Raúl d'Ambreine.

Elena, que estaba excitadísima, no pudo reprimir un vivo movimiento de sorpresa.

—Figúrate—añadió Jorge—que le sorprendí escalando el muro del jardín... ¿Cómo explicas tú su presencia en nuestra propiedad?

Ella no contestó. Entonces Brémont, cambiando de actitud, dando suelta a los celos que le consumían, seguro de haber sido engañado, gritó con voz ronca:

—¡Habla, habla de una vez! ¡Confiesa tu traición!... Porque una de dos: o el teniente es el asesino o es tu amante.

Se había acercado a su mujer y sus manos la sacudían brutalmente, pujándole de la cabellera.

—¡Contesta! ¡Dime la verdad! Yo la adivino; yo la sé...

Con un esfuerzo, Elena pudo desprenderse de su marido y, en una brusca explosión de odio y de dolor, confesó:

—Pues bien, sí: Raúl es mi amante... Tú lo quisiste; tú me empujaste a sus brazos hacién-

dome la vida imposible con tus celos. Y ahora le amo... ¡le amo más que a mi vida!

Frenético, fuera de sí, Jorge se arrojó sobre Elena. Inesperadamente abrióse la puerta y una doncella anunció:

—El coronel Masurier desea hablar al señor.

Brémont contuvo la violencia de su ira y se



—Figúrate que le sorprendí escalando el muro del jardín... ¿Cómo explicas tú su presencia en nuestra propiedad?

encaminó al despacho, donde le esperaba el Coronel, que venía a interceder por el teniente, detenido aquella mañana después de la acusación lanzada contra él por Jorge.

Masurier saludó fríamente a Brémont.

—Excúseme usted—dijo—si vengo a preguntarle en qué funda su acusación contra un

oficial de cuya inocencia yo estoy moralmente convencido, como lo están todos sus compañeros.

—Nada he dicho al juez que no fuera el resultado de una persuasión íntima —replicó Jorge.

—Piense usted que su declaración es una condena de muerte para d'Ambreine...

Un largo grito de mujer interrumpió al Coronel. Elena, que había oído las últimas palabras de Masurier, abrió las puertas del despacho y quiso precipitarse dentro. Jorge lo impidió, corriendo a ella y llevándosela fuera.

Cuando reapareció expuso tranquilamente:

—Este crimen ha trastornado a mi mujer, y temo por su razón.

La rápida intervención de Elena aumentó el convencimiento del Coronel en la inocencia de su oficial. Sin embargo preguntó:

—¿Qué interés es el de usted en que se condene a d'Ambreine?

Con una sonrisa de aparente cortesía, Jorge contestó:

—El de que se haga justicia... Usted comprenderá que la presencia del teniente cerca del cadáver no tiene otra explicación, y más aun puesto que él no sabe decir lo que hacía allí a aquellas horas.

Raúl prefería la muerte antes que declarar una verdad que traería consigo la deshonra de Elena. Ella sabía esto y quiso hacer todo lo que humanamente le fuera posible para salvarlo. Con tal objeto llamó a su camarera.

—Tengo confianza en usted, Paulina... Llévele esta carta al doctor Trellis y procure que nadie la vea.

La camarera se dispuso a cumplir el encargo; pero Jorge vigilaba y la sorprendió, arrebatándole la carta, que era la misma que Raúl había escrito a Elena citándola para las once de la noche, la hora en que se cometió el crimen.

Instantes después, el odio de Brémond destruía ante los ojos de su mujer la única prueba que podía salvar al teniente.

Ella no pudo impedirlo.

—No saldrás de tu habitación—le dijo su marido en cuanto quemó la carta—hasta que se cumpla la sentencia que debe recaer sobre tu amante, sometido a juicio sumarísimo.

El coronel Masurier, que conocía el carácter generoso del oficial, quiso también intervenir en su favor.

—Teniente, ha sido usted acusado de asesinado... Las apariencias están en contra suya. Pero si puede jurarme que, en la noche del crimen, se hallaba usted en las habitaciones de la señora Brémond, el proceso tomará en seguida otro rumbo.

Con firmeza, sin titubear, Raúl aseguró:

—¡Juro que no estaba en su casa!

La mano temblorosa del Coronel estrechó con emoción la de su subordinado.

—En su lugar yo no hubiera contestado de otra manera, teniente... ¡Es usted un hombre de honor!

Y lo mismo que contestó al Coronel, Raúl contestó al juez cuando le preguntó:

—¿A qué empleo pensaba usted destinar los veinticinco mil francos que pidió al teniente Legrand?

—A pesar mío, no puedo contestar a esa pregunta—dijo d'Ambreine.

Había un misterio alrededor de la muerte de Florián Moreau.

¿Quién era el asesino?

Aquella noche, mientras Elena se desesperaba viendo su impotencia para declarar la verdad acerca de Raúl, Emilio Jadan, completamente transformado, volvía a su casa y ofrecía a su madre unos cuantos billetes, que la señora Jadan rechazó con horror:

—¡No, no quiero tocar ese dinero... manchado con la sangre de un hombre!

### III

Dos días después, el doctor Trellis leía en el periódico esta noticia:

*Condenado a muerte por el Consejo de Guerra, el teniente Raúl d'Ambreine será pasado por las armas al amanecer de mañana.*

El doctor encaminóse precipitadamente a casa de Brémond, pero no le dejaron entrar.

—El señor ha dado órdenes de que hoy no recibe a nadie.

Trellis buscó desde el jardín las ventanas

que correspondían a las habitaciones de Elena. Ella le vió y le hizo señas de que estaba encerrada. Y el doctor, viendo la inutilidad de sus gestos para hacerse comprender, escribió en la arena con letras grandes:

*MAÑANA, AL AMANECER, SERÁ FUSILADO  
RAÚL*

En seguida borró lo que había escrito, dejando a Elena bajo el golpe de la espantosa noticia.

Ya avanzada la noche, en la celda en que Raúl esperaba el cumplimiento de la sentencia, entraron el juez militar, dos oficiales y un sacerdote.

—¡Teniente, ha llegado la hora!

D'Ambreine se incorporó. Una intensa palidez se extendía por su rostro. Y dos gruesas lágrimas rodaron de sus ojos. No era aquel un síntoma de cobardía. Pero él era joven, se sabía inocente y no pudo sustraerse al dolor que le causaba abandonar la vida cuando su alma estaba aún llena de ilusiones.

El sacerdote trató de consolarle:

—Sus compañeros, lo mismo que el Coronel, saben la verdad, amigo mío... ¡Usted va a morir para salvar el honor de una mujer!

En la balanza del destino, la muerte y la vida del oficial pesaban en aquel momento lo mismo.

Horas antes, la señora Jadan había sido sorprendida por las siguientes palabras que le dijo una vecina:

—¿Se acuerda usted de aquel oficial que fué a buscar al doctor cuando usted estuvo enferma? ¡Es una desgracia!... Al amanecer será fusilado como asesino del señor Moreau.

—¡Eso no es posible!—exclamó la señora Jadan—. El no es el culpable... ¡Yo conozco al asesino y salvaré al teniente!

Se acercaba la hora de la ejecución. Loca de dolor, Elena, queriendo impedir la muerte de Raúl, se descolgaba por la ventana de su cuarto y corría a casa de Trellis.

—¡Pronto, doctor! ¡Prepare el coche!... Necesito salvar a Raúl.

Trellis se apresuró a enganchar su caballo. Minutos más tarde, el coche corría hacia la ciudad.

Por el mismo camino, marchaba la señora Jadan, con toda la pesadumbre de sus años llenos de cansancio y que debían sobreponerse a la fatiga.

No hacía mucho que Elena había salido de su casa, cuando Jorge advirtió su ausencia, y, adivinando el propósito de Elena, salió en auto detrás de ella, alcanzando el coche de Trellis antes de que hubiera llegado a la ciudad.

—¡Pasa a mi coche, Elena!... ¡No has de ser tú quien salve a Raúl d'Ambreine!

En brazos, a la fuerza, Jorge se apoderó de su mujer y dijo a Trellis:

—No podía suponer, doctor, que usted fuera el cómplice de mi esposa en sus aventuras amorosas.

Había sonado la hora de la ejecución. En el patio del cuartel formóse el cuadro.

Y mientras el teniente se dirigía al encuentro de la muerte, la madre Jadan sentíase morir de angustia porque comenzaban a faltarle las fuerzas.

El redoblar de los tambores extendióse por los campos, llevando a los oídos de Elena,

conducida por su marido en «auto», su siniestro aviso. La pobre mujer quiso arrojarse del coche. Mas allí estaba él para impedirlo.

Detrás de ellos, Trellis, desalentado, regresaba a su casa. Una mujer surgió de pronto en su camino.

—¡Señor doctor, condúzcame a la fortaleza sin perder tiempo!

La buena señora Jadan, respirando penosamente a causa de la fatiga, sujetaba el caballo para que no pasara adelante.

—¡El teniente es inocente! ¡Yo puedo revelar el nombre del verdadero culpable!

Trellis se apresuró a ayudar a la viejecita para que subiera al coche, y fustigó a su caballo.

Los minutos eran preciosos. En la fortaleza se apresuraban los preparativos.

Raúl d'Ambreine fué primero degradado. Se le arrancaron las insignias y su espada, rota, cayó al suelo.

Procurando sobreponerse a su angustia, el teniente miraba la cruz que le mostraba el sacerdote y que besó con fervor, como único consuelo que le era permitido en aquellos instantes que debían preceder a su adiós a la vida.

Dos oficiales se le acercaron para ponerle una venda. El la rechazó. Quería que la luz de aquel amanecer acariciase sus ojos antes de morir.

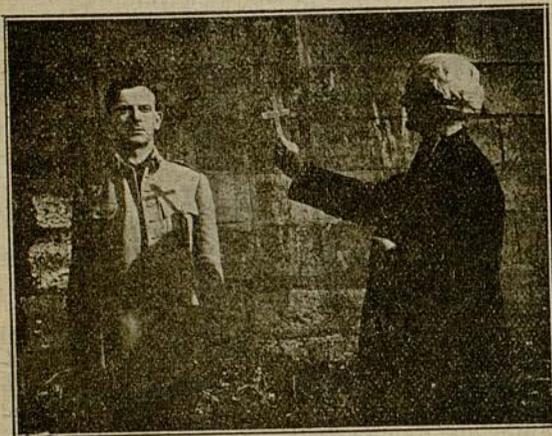
Y en el silencio de aquella hora triste, sonaron, bruscas e imperiosas, las voces de mando del oficial encargado de la ejecución.

Oyóse el ruido de los fusiles enfilados contra d'Ambreine. Inesperadamente, un ordenanza corrió hasta Masurier.

—¡Mi Coronel, acaban de llegar dos testigos que pretenden conocer al verdadero asesino y que sostienen la inocencia del teniente d'Ambreine!

—Suspéndase la ejecución y avísele al juez instructor —ordenó Masurier emocionado.

Raúl miraba, sin comprender lo que sucedía, a Trellis y a la señora Jadan que habían entra-



Procurando sobreponerse a su angustia, el teniente miraba la cruz que le mostraba el sacerdote...

do en el patio de la fortaleza.

¿Qué significaba aquello?

El sacerdote se lo explicó:

—¡Señor oficial, pronto quedará probada su inocencia! ¡Se ha salvado usted milagrosamente!

Poco después, la señora Jadan declaraba:

—La noche del crimen, el señor Moreau estuvo en casa con mi hijo... Después de beber con exceso se marcharon; pero yo había visto a Emilio coger su revólver y, temiendo una desgracia, lo seguí.

Con palabra segura, la viejecita descubría el misterio de aquel asesinato.

Sorprendidos por el «auto» de Brémond, los dos amigos se detuvieron: Emilio ocu tóse detrás de los árboles y Moreau, un tanto borracho, esperó a Jorge, quien, extrañado al verle, le preguntó:

—¿Qué hace usted aquí a estas horas?

—Cumplo con mi obligación; vigilo a su mujer.

Y la mano de Florián señaló la casa llena de luz. Brémond observó entonces cómo se destacaban detrás de los cristales las siluetas de su mujer y del oficial. Furioso de celos sacó su revólver. Moreau quiso evitar que hiciera una locura y se abrazó a él para arrebatarle el arma, que se disparó ocasionando la muerte al secretario.

Inmóvil por el estupor, Jorge no sabía qué hacer, cuando apareció Emilio.

—Ese hombre ha muerto a manos de usted sin lanzar un grito... ¿Quiere usted que vaya a llamar a los guardias?

Brémond observó al hijo de la señora Jadan y adivinó sus intenciones. Inclínose en seguida sobre el cadáver, cogió la llave de la caja, que Moreau llevaba siempre consigo, y la entregó al hombre que le amenazaba con delatarlo.

—Esta es la llave que abre la caja de cau-

dales; en ella hay dinero bastante para pagar su silencio.

—¿Cuánto?—preguntó Emilio.

—No lo sé con certeza; lo menos quince mil francos... Y cuidado con decir nada a nadie.

Todo esto lo había presenciado la madre Jadan y así lo declaró.

—¿Jura usted haber dicho verdad en su de-



—¿Jura usted haber dicho verdad en su declaración?

claración?—le preguntó el juez.

Con las manos sobre los Evangelios, la viejecita juró.

Levantada acta, el juez instructor ordenó a la policía que se procediera a la detención de Brémond.

Jorge, creyendo cumplida su venganza, decía a su mujer en aquellos instantes:

—Te devuelvo la libertad... Si te parece, puedes ir a reunirse con tu amante en el otro mundo.

Dicho esto dirigióse a la puerta, que se abrió bruscamente.

—¡Jorge Brémond, en nombre de la ley queda usted detenido como asesino de Florián Moreau!

Brémond sintióse perdido. Sin embargo, tuvo energía para decir a los encargados de detenerle:

—Estoy a la disposición de ustedes; pero permitanme antes que abrace a mis hijos.

Sin esperar la respuesta, pasó a la habitación contigua. Sonó un disparo y a los ojos de Elena y de la policía ofrecióse el espectáculo del cuerpo de Brémond cayendo sin vida en su despacho.

Algunas semanas más tarde, después de su rehabilitación, Raúl volvía al lado de Elena, cuya salud hallábase gravemente comprometida por la prueba sobrehumana que acababa de sufrir.

Era un bello día de sol.

Tendida en una butaca, la viuda de Brémond miraba enternecida a Raúl, que le abrazaba las manos con sus caricias.

—Querida mía, ahora yo sabré darte la dicha que hasta hoy no has podido conocer... Verás qué pronto te haré olvidar las penas pasadas...

—¡Oh, sí, lo primero olvidar!—exclamó Elena.—Esto es lo que necesita mi corazón en-

fermo. Y luego... ¿Por qué dudar de tus palabras si estoy segura de tu amor?... ¡Yo creo en ti, yo creo en tus promesas, Raúll...

Y, como en un sueño, ella cerró los ojos para pensar en su felicidad futura, mientras los labios de d'Ambreine ponían en los suyos el fuego de unos besos de amor y de esperanza.

FIN

(Prohibida la reproducción)

---

Este número ha sido sometido a la previa censura militar

---

## PRÓXIMO NÚMERO

La deliciosa comedia

# El arte de ser distinguida y encantadora

por WALLACE REID y LILA LEE

Sugestivo asunto de gran originalidad

Novelita ideal para las mujeres

Postal-fotografía: FRITZI RIDGEWAY

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Sale todos los miércoles

Precio 25 céntimos